

## LIBRO QUINTO

---

### EXCELENCIA DE LA DESGRACIA

---

#### I

#### MARIUS INDIGENTE

La vida principió pues á hacerse dura y severa para Marius. Comer sus ropas y su reloj, no era nada aún. Comió tambien de ese inexplicable y triste alimento que llaman en frances *de la vache enragée* (comerse los codos). Cosa horrib'e, que significa los dias sin pan, las noches sin sueño, las veladas sin luz, sin dumbre el hogar, las semanas sin trabajo, el porvenir sin esperanza, rotos los codos y las rodillas, viejo, raído y mugriento el sombrero, á punto de hacer reir á las jóvenes, la puerta cerrada por la noche porque no se paga el alquiler, la insolencia del portero y del bodegonero, la fisga y la befa de los vecinos,

las humillaciones, la dignidad ultrajada, toda especie de tarea aceptada, los sinsabores y disgustos, la amargura, el dolor, el abatimiento!... Marius supo, por su triste experiencia, cómo se devora todo esto, y cómo son estas, de ordinario, las únicas que hay que devorar. En ese momento de la existencia en que el hombre tiene necesidad de orgullo, por que tiene necesidad de amor, sintióse escarnecido y burlado, porque iba mal vestido, y ridículo porque era pobre. En la edad en que la juventud hinche el corazón de una altivez imperial, bajó él más de una vez los ojos hácia sus botas agujereadas, y conoció las injustas afrentas y el punzante rubor de la miseria. Admirable y terrible prueba de la cual los débiles salen infames y los fuertes salen sublimes. Crisol en el cual arroja el destino á un hombre, siempre que quiere hacer de él un miserable, ó un semidios.

Pues en las pequeñas luchas son muy numerosas las grandes acciones que suelen practicarse. Hay bravuras tenaces é ignoradas, que se defienden palmo á palmo en la sombra contra la fatal invasion de las necesidades y de la ignominia. Nobles y misteriosos triunfos que pasan sustraídos á todas las miradas, que ninguna fama recompensa, que ningún aplauso saluda. La vida, el infortunio, el aislamiento, el abandono, la pobreza, son otros tantos campos de batalla que tienen sus héroes; héroes oscuros, es verdad, pero á veces más grandes que los héroes ilustres.

Así se encuentran creadas en el mundo estas firmes y raras naturalezas; la miseria, casi siempre madrastra, es á veces madre; la desnudez comunica en ocasiones gran vigor al alma y al corazón; la indigencia suele ser nodriza de la grandeza; la desgracia es una buena lactación para los temperamentos magnánimos.

Hubo un tiempo en la vida de Marius en que él mismo ría su habitación, en que iba á comprarse un sueldo de

queso de Brie á casa de la frutera, en que esperaba que anocheciese para ir á la panadería y comprar un pan que él se llevaba furtivamente á su granero, como si le hubiera robado. Á veces se veía deslizar en la carnicería de la esquina, en medio de las cocineras chocarreras y burlonas, un jóven desmañado que llevaba unos libros bajo el brazo, de ademan tímido y huraño, que al entrar se quitaba el sombrero de su frente, por la cual corría el sudor, hacía un profundo saludo á la carnicera maravillada, otro saludo al mozo de cuchilla, pedía en seguida una chuleta de carnero, la pagaba en seis ó siete sueldos, la envolvía bien en un papel, se la metía debajo del brazo, entre dos libros, y se marchaba. Era Marius. Con esta chuleta, que él mismo hacía cocer, vivía tres días.

El primer día comía la carne, el segundo día comía la grasa, y el tercer día roía el hueso. En diferentes ocasiones hizo tentativas su tía Gillenormand para obligarle á aceptar los seiscientos francos, enviándoselos. Pero todo fué inútil. Marius se los devolvió constantemente, diciéndola que él nada necesitaba.

Todavía conservaba el luto por su padre cuando se operó en él la revolución que hemos referido. Desde entónces, ya no había abandonado nunca el traje negro. Sin embargo, el traje fué el que le abandonó á él; habiendo llegado un día en que se halló ya sin frac ni levita. El pantalón podía ir tirando aún. ¿Qué hacer, pues? Courfeyrac, á quién él por su parte había prestado algunos buenos servicios, le dió un frac. Por treinta sueldos lo hizo Marius volver y reformar por un sastre de portal, viniendo así á encontrarse con un frac nuevo. Pero este frac era verde. Entónces Marius no salía ya de casa sino después de anochecido, y de este modo su frac era negro. Queriendo siempre estar de luto, se vestía con el oscuro manto de la noche.

Al traves de todas estas vicisitudes, se hizo recibir de

abogado. Había dado á entender y hecho creer que habitaba en el cuarto de Courfeyrac, que era bastante decente, y donde cierto número de libros viejos de derecho, sostenidos y completados con varios tomos de novelas descabaladas, figuraban la biblioteca que exigen los reglamentos. Las cartas se las hacía dirigir á la habitacion de Courfeyrac.

Cuando Marius se recibió de abogado, dió de ello parte á su abuelo por medio de una carta fria, pero llena de sumision y de respeto. El señor Gillenormand tomó la carta con cierto temblor, la leyó, la rasgó en cuatro, y la arrojó al cesto de la basura. Dos ó tres dias despues, la señorita Gillenormand oyó á su padre, que estaba solo en su cuarto, hablar en voz alta, lo cual le sucedia siempre que se hallaba muy agitado. Aplicó ella el oído, y oyó que el viejo decia: — Si tú no fueras un tonto, sabrias que no se puede ser á la vez baron y abogado.

## II

## MARIUS POBRE

Con la miseria sucede como con todas las demas cosas. Llega á hacerse posible, á tomar carta de naturaleza, concluyendo por adquirir una forma y arreglarse á su manera. Se vegeta, es decir, se desarrolla la criatura de cierto modo mezquino, pero suficiente á la vida. Hé aquí cómo llegó á coordinarse al fin la existencia de Marius.

Había él salido ya de lo más estrecho; y el desfiladero se iba ensanchando un poco ante sus ojos. Á fuerza de trabajo y de valor, de perseverancia y de voluntad, había conseguido sacar de sus tareas unos setecientos francos a año. Aprendió el aleman y el inglés; gracias á Courfeyrac que le puso en relaciones con su amigo el librero, Marius desempeñaba en la literatura de la librería el modesto papel de *utilidad*. Hacía prospectos, traducía periódicos, anotaba ediciones, compilaba biografías, etc., producto

neto, buen año con mal año, setecientos francos. Con e to vivia él. ¿De qué manera? No del todo mal. Vamos á explicarlo.

Marius ocupaba en la casucha Gorbeau, mediante el precio anual de treinta francos, un zaquizamí sin chimenea que calificaban de gabinete, donde no habia, tocante á muebles, sino lo estrictamente indispensable. Estos muebles eran suyos. Daba tres francos al mes á la vieja administradora, ó inquilina principal, para que fuese á barrer su cuarto y le llevase todas las mañanas un poco de agua caliente, un huevo fresco y un panecillo de un sueldo. Con este pan y con este huevo almorzaba él. Su almuerzo solia variar de dos á cuatro sueldos, segun que los huevos estaban caros ó baratos. Á las seis de la tarde, bajaba á la calle Saint-Jacques, á comer en casa de Rousseau, frente á Basset, el mercader de estampas de la esquina de la calle de Mathurins. Nunca comia sopa. Tomaba un plato de carne de seis sueldos, medio de legumbres de tres sueldos, y un postre de otros tres sueldos. Por tres sueldos más, pan á discrecion. Por lo que hace al vino, bebia agua. Al ir á pagar al mostrador, donde se hallaba siempre sentada majestuosamente madama Rousseau, gruesa y frescota aún en aquella época, daba un sueldo al mozo de servicio y madama Rousseau le correspondia á él con una sonrisa. En seguida se marchaba. Por diez y seis sueldos, tenía una sonrisa y una comida.

Este figon, ó este llamado *restaurant Rousseau*, donde se vaciaban tan pocas botellas y tantas garrafas, más bien era un calmante que un restaurante. Ya hoy no existe. El dueño llevaba un honito sobrenombre; llamábanle *Rousseau el acuático*.

Así, pues, el almuerzo le costaba cuatro sueldos, y la comida diez y seis, es decir, que se alimentaba por unos veinte sueldos diarios; lo que ascendia á trescientos sesenta

y cinco francos el año. Añádase á esto los treinta francos del alquiler y los treinta y seis francos á la vieja, y despues algunos otros gastillos menudos; por cuatrocientos cincuenta francos, Marius estaba alimentado, alojado y servido. Su traje le costaba cien francos, la ropa blanca cincuenta francos y otros cincuenta de lavado, cosido y planchado, apénas si todo su gasto llegaba á seiscientos cincuenta francos. Quedábanle aún por consiguiénte cincuenta francos. Era rico. En ocasiones solia prestar diez francos á un amigo; Courfeyrac llegó á tomarle prestado una vez hasta sesenta francos. Por lo que hace á la lumbre, careciendo su cuarto de chimenea, Marius la habia « simplificado. »

Siempre tenía Marius dos trajes completos, uno viejo, « para todos los dias, » y otro enteramente nuevo, para las ocasiones. Ambos eran negros. No tenía más que tres camisas, una puesta, otra en la cómoda, y la tercera á lavar. Á medida que se usaban, las iba él renovando. Generalmente solian estar rotas, lo que le obligaba á abotonarse el frac hasta la barba.

Para que Marius llegara á esta situacion floreciente, habia sido menester que transcurrieran algunos años. Años rudos, dificiles, los unos de atravesar, los otros de trepar. Marius no habia flaqueado ni decaido un solo dia. Todo lo habia sufrido tocante á privaciones; todo lo habia hecho, ménos deudas. Dábase él á sí mismo este testimonio: que jamas habia debido un sueldo á nadie. Para él una deuda era el principio de la esclavitud. Decíase aún que el acreedor es peor que un señor; pues un señor no posee sino vuestra persona, miéntras que un acreedor posee vuestra dignidad y puede ajarla y abofetearla. Más bien que pedir prestado, preferia pasarse sin comer, habiéndole sucedido el ayunar muchos dias enteros. Conociendo que todos los extremos se tocan, y que si no se tiene mucho

cuidado, el abatimiento de fortuna puede conducir á la bajeza de alma, velaba él con mucho zelo por su dignidad y altivez. Tal fórmula ó tal manera de conducirse que en cualquiera otra ocasion le habria parecido mera deferencia, se le figuraba humillacion, y se erguia. No queriendo cejar nunca, no solia aventurar nada. Su rostro manifestaba siempre una especie de rubor severo. Era tímido hasta la aspereza.

En todas sus pruebas se sentia alentado y á veces áun impulsado por una fuerza secreta que tenia en su interior. El alma ayuda al cuerpo, y en ciertos momentos le solivia. Es la única ave que sostiene su jaula.

Al lado del nombre de su padre, hallábase grabado otro nombre en el corazon de Marius; este nombre era él de Thénardier. En su naturaleza entusiasta y grave, Marius circundaba con una especie de auréola al hombre á quien, en su pensamiento, debia él la vida de su padre, á aquel intrépido sargento que habia salvado al coronel en medio de la metralla y de las bombas de Waterloo. Jamas separaba él la memoria de aquel hombre de la memoria de su padre; asociándolas ambas su piadosa veneracion. Era una especie de culto de dos grados diferentes, el altar mayor para el coronel, y el lateral para Thénardier. Lo que redoblaba áun la ternura de su reconocimiento y el grande interes que le inspiraba aquel hombre desconocido, era la idea del infortunio en que sabia que se hallaba abismado y sumergido Thénardier. Marius habia sabido en Montfermeil la quiebra y la ruina del desgraciado mesonero. Desde entónces, habia hecho esfuerzos inauditos para indagar su huella y ver de llegar hasta él en el tenebroso abismo de la miseria en el cual Thénardier habia desaparecido. Marius habia recorrido todo el país; habia ido á Chelles, á Bondy, á Gournay, á Nogent, á Lagny. Durante el período de tres años, le bus-

có con ana perseverancia y con un teson extraordinarios, consumiendo en estas exploraciones el poco dinero que ahorra. Nadie habia podido darle noticias de Thénardier; creian que se habria marchado á algun país extranjero. Sus acreedores tambien le habian buscado, con ménos amor que Marius sin duda, pero con tanto afan y encarnizamiento, sin que pudieran dar con él. Marius se acusaba y casisse reprochaba y se reprendia porque no lograba el fruto de sus averiguaciones. Era esta la única deuda que le habia dejado el coronel, y Marius se hacia un punto de honor el pagarla. — Cómo sucede, decia él para sí, que cuando mi padre yacia moribundo en el campo de batalla, Thénardier supo hallarle al instante, en medio del humo y la metralla, y llevársele sobre sus hombros, y sin embargo nada le debia, miéntras que yo, que tanto debo á Thénardier, no puedo ó no sé encontrarle en esta sombra en que está agonizando, y trasladarle á mi vez desde la muerte á la vida! ¡Oh! yo le encontraré! — En efecto, por hailar á Thénardier, Marius habria dado un brazo, y por sacarle de la miseria toda su sangre. Ver á Thénardier, prestar un servicio cualquiera á Thénardier, decirle: ¡Usted no me conoce; pues bien, yo sí le conozco á usted! ¡Aquí me tiene usted, disponga de mí! este era el más dulce, y el más magnífico ensueño de Marius.



### III

#### MARIUS HECHO HOMBRE

En esta época tenía ya Marius veinte años. Tres años hacía que había salido de la casa de su abuelo. Habían quedado en los mismos términos, por una y otra parte, sin tratar de volverse á acercarse, ni aún volverse á ver. Además, volverse á ver, ¿para qué? ¿para chocar de nuevo? ¿Quién habría convencido á su contrario? Si Marius era el vaso de bronce, el tío Gillenormand era el tarro de hierro.

¿presurémonos á decirlo, Marius se había equivocado acerca del corazón de su abuelo. Habíase figurado que el señor Gillenormand no le había querido nunca, y que aquel buen viejo, lacónico, duro y risueño, que echaba tacos y ternos como un carretero, que gritaba, atronaba y levantaba el bastón, no tenía para él sino, á lo más, esa afección á la vez ligera y severa de los gerontes de com-

dia. Marius se engañaba. Hay padres que no quieren á sus hijos; pero no hay abuelo que no adore á su nieto. Ya lo hemos dicho, en el fondo, el señor Gillenormand idolatraba á Marius. Le idolatraba á su manera, con acompañamiento de empujones y de mojicones; pero una vez que desapareció de su casa aquel niño, sintió él un vacío negro en su corazón; exigió que no le hablaran ya jamás de él, sintiendo sin embargo, para sus adentros, el verse tan fielmente obedecido.

En los primeros tiempos, esperaba aún que aquel buonapartista, aquel jacobino, aquel terrorista, aquel setembrista volvería. Pero transcurrieron las semanas, pasaron los meses, corrieron los años; y con grande desesperación del señor Gillenormand, el bebedor de sangre no pareció ya más por aquella casa! — Y sin embargo, yo no podía hacer otra cosa que despedirle, decía para sí el abuelo; y después se preguntaba: Si volviera á repetirse la misma escena, ¿haría yo lo que hice entonces? Su orgullo respondía inmediatamente: Sí; pero su vieja cabeza, que él sacudía en silencio, contestaba tristemente: No. Tenía sus horas de abatimiento. Marius le faltaba. Los ancianos necesitan de afecciones, como necesitan del sol. Este y aquellas son el calor que los vivifica. Por más fuerte que fuese su naturaleza, la ausencia de Marius había cambiado algo en él. Por nada en el mundo habría querido él dar un paso siquiera hacia aquel « tunantuelo, » pero entre tanto sufría. Jamás se informaba de él, pero siempre le tenía presente á la imaginación. Vivía, cada vez más retirado, en el Marais. Era todavía, como en otro tiempo, alegre y violento; pero su alegría tenía una duración convulsiva, como si contuviera algo de dolor y de ira, y sus violencias concluían generalmente en una especie de abatimiento tranquilo ó sombrío. Á veces solía decir: — ¡Oh!

si volviera, qué buen bofetón le había de sacudir!

Por lo que hace á la tía, pensaba ella demasiado poco para que amase mucho; ya no era Marius para ella sino una especie de sombra negra y vagarosa; habiendo concluido por ocuparse de él mucho ménos que del gato, ó del loro, que probablemente tenía también. Lo que aumentaba el sufrimiento secreto del abuelo Gillenormand, es que le encerraba él todo entero y le concentraba en su pecho, sin que dejara traslucir nada de aquel sentimiento. Su desazon era como esas hornazas de nueva invención que queman su propio humo. Á veces acacia que algun malhadado oficioso le hablaba de Marius y le preguntaba: ¿Qué hace ó qué es de su señor nieto de usted? — El viejo bourgeois respondía, suspirando, si estaba demasiado triste, ó bien, dándose un papirotazo en la vuelta de la manga, si quería parecer alegre y festivo: — El señor baron Pontmercy está zureciendo memoriales y pedimentos en algun rincón.

Mientras que el viejo sufría, víctima del pesar y del remordimiento, Marius se aplaudía de su nueva situación. Como sucede siempre á los buenos corazones, la desgracia había suprimido en él toda amargura. No pensaba nunca en el señor Gillenormand sino con serenidad y dulzura, pero había tenido particular empeño en no recibir ya nada del hombre que *se había portado mal con su padre*. — Era esto como la traducción mitigada de sus primeras indignaciones. Además, contemplábase él dichoso de haber sufrido, y de sufrir aún; puesto que era por su padre. La dureza de su vida le satisfacía y le agradaba. Decíase con una especie de gozo que — *era lo ménos que pudiera él hacer*; — que aquello era — una expiación; que, — sin ello, se habría visto castigado, de otra manera y más adelante, de su indiferencia impía para con su padre, y para con un padre como lo fué el

suyo; que no habría sido justo que su padre tuviese sobre sí todo el sufrimiento, y él ninguno; — y que, además, ¿qué significaban sus trabajos, sus penalidades y su desnudez comparados con la vida heroica del coronel que, por último, la sola manera para él de acercarse á su padre y de asemejarsele, era el mostrarse valiente contra la indigencia, como él había sido valeroso contra el enemigo; y que esto era sin duda lo que el coronel había querido decir por medio de esta frase; *él será digno*. — Palabras que Marius continuaba llevando siempre, no sobre su pecho, habiendo desaparecido el escrito del coronel, sino en su corazón.

Y además, el día en que su abuelo le arrojó de casa, no era aún sino un niño; ahora ya era un hombre; y él lo conocía. La miseria, insistamos en esta idea, había sido para él una excelente escuela. La pobreza en la juventud, cuando sale bien con sus empujadas, tiene la magnífica propiedad de coarctar toda la voluntad hácia el esfuerzo y toda el alma hácia la aspiración. La pobreza muestra en seguida la vida material en toda su desnudez, y la hace horrible; de aquí esos impulsos, esos inexplicables arranques hácia la vida ideal. El joven rico tiene siempre á su disposición mil distracciones brillantes y groseras, las carreras de caballos, la caza, los perros, el tabaco, el juego, las comidas opíparas, y lo demás que es consiguiente; ocupaciones, todas ellas, de las bajas regiones del alma, á expensas de las regiones superiores y delicadas. El joven pobre se da mucho trabajo para adquirir el pan de su sustento; come, y cuando ya ha comido, no le queda otra distracción que soñar y delirar. Concorre á los espectáculos que Dios da gratis; mira el cielo, el espacio, los astros, las flores, á los niños, á la humanidad entera en la cual sufre, á la creación en la cual brilla. Mira tanto á la humanidad, que ve el alma: mira tanto á

la creacion que ve al Creador. Sueña, y se siente grande; sueña de nuevo, y se siente tierno. Del egoísmo del hombre que sufre, pasa á la compasion del hombre que medita. Un admirable sentimiento resplandece en él, el olvido de sí mismo y la piedad para todos. Al pensar en los goces sin número que la naturaleza ofrece, da y prodiga á las almas abiertas y rehusa á las almas cerradas, acaba por compadecer, él, millonario de la inteligencia, á los millonarios del dinero. Todo odio desaparece de su corazon á medida que toda claridad penetra en su espíritu. Por otra parte ¿ es él desgraciado ? No. La miseria de un jóven nunca es miserable. El primer muchacho que encontréis al paso, por más pobre que él sea, con su salud, su fuerza, su paso vivo y rápido, sus ojos brillantes, su sangre circulando con ardor, su cabellera negra, sus mejillas frescas, sus labios rosados, sus dientes blancos, su aliento puro, será siempre la envidia de un viejo emperador. Y despues, cada mañana se pone á trabajar para ganar qué comer ; y mientras que sus manos ganan pan, su espina dorsal gana robustez y gallardía, su cerebro gana ideas. Concluida la faena, vuelve á sus éxtasis inefables, á las contemplaciones, á los goces ; vive con los piés en las aficciones, en los obstáculos, en el empedrado, entre los espinos, á veces en el fango, y con la cabeza en la luz. Es firme, sereno, afable, apacible, atento, formal, contento con poco, benévolo ; y bendice á Dios porque le ha dado estas dos riquezas que faltan á muchos ricos : el trabajo que le hace libre y el pensamiento que le hace digno.

Esto precisamente era lo que había pasado en Marius. Y aún, para decirlo todo, se había inclinado con algun exceso del lado de la contemplacion. Desde el dia en que él había llegado á ganar su vida casi con entera seguridad, había hecho alto allí, hallándose muy contento

con ser pobre, y quitando algo al trabajo para darlo al pensamiento. Es decir, que á veces pasaba dias enteros soñando y delirando, sumergido y absorto como un visionario en la muda delectacion del éxtasis y de la esplendente irradiacion interior. Así había planteado él el problema de su vida : trabajar lo ménos posible del trabajo material, á fin de trabajar lo más posible del trabajo impalpable ; ó en otros términos, dar algunas horas á la vida real, y lanzar el resto en el infinito. Creyendo no carecer de nada, ni se apercibía él siquiera de que la contemplacion, comprendida de esta manera, concluye por convertirse en una de las formas de la pereza ; que se había contentado con dominar las primeras necesidades de la vida, y que buscaba el retiro y el reposo demasiado pronto.

Era evidente que, para aquella naturaleza enérgica y generosa, tal situacion no podia ménos de ser transitoria ; y que en el primer choque contra las inevitables complicaciones del destino, Marius despertaría.

Entre tanto, bien que él fuese abogado, y á pesar de la creencia en que estaba el abuelo Gillenormand, ni abogaba nunca, ni siquiera zurcía pedimentos. Los sueños y delirios le habían alejado enteramente del foro. Alternar con los abogados, frecuentar el palacio de justicia, averiguar causas, hojear procesos, todo esto le repugnaba. ¿ Y por qué lo había de hacer ? Él no veía motivo alguno para cambiar de ocupacion. Aquella librería traficante y oscura había concluido por procurarle un trabajo seguro, un trabajo de poca fatiga que, como acabamos de explicarlo, le bastaba.

Unos de los libreros para quienes trabajaba, el señor Magimel, segun creo, le había ofrecido recogerle en su casa, darle una buena habitacion, suministrarle un trabajo regular y poner á su disposicion mil quinientos francos anuales. ¡ Una buena habitacion ! ¡ mil quinientos fran-